

Mons. Carlos Amigo Vallejo

**Francisco
de Asís
y el
papa
Francisco**



FRANCISCO DE ASÍS
Y EL PAPA FRANCISCO

Carlos Amigo Vallejo
Cardenal Arzobispo emérito de Sevilla



Diseño: Estudio SM

© 2014, Mons. Carlos Amigo Vallejo
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2706-5
Depósito legal: M-6.231-2014
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1. FRANCISCO ES MI NOMBRE	13
Lo que el papa Francisco ha dicho de Francisco de Asís	20
Francisco de Asís y el señor papa	25
2. LOS TIEMPOS DE FRANCISCO DE ASÍS Y LOS DEL PAPA FRANCISCO	33
El mundo y la Iglesia en tiempos de san Francisco	34
El tiempo y los días del papa Francisco ...	35
3. DIOS, EL PADRE DE LA MISERICORDIA Y DEL PERDÓN	43
Francisco de Asís: «El Señor tuvo conmigo misericordia»	43
Papa Francisco: «¡Dios es pura misericordia!»	51
4. LA POBREZA Y LOS POBRES	55
Francisco de Asís: la santísima Pobreza	56
Papa Francisco: «¡Cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!»	63

5. LA PAZ Y EL BIEN	69
Francisco de Asís: «¡El Señor te dé la paz!»	70
Papa Francisco: «¡Paz a todo el mundo!» ...	74
6. UNA FRATERNIDAD UNIVERSAL	77
Francisco de Asís: una cruzada distinta	78
Papa Francisco: la Iglesia, Madre de muchos hijos	87
7. ECOLOGÍA FRANCISCANA	93
Francisco de Asís: «¡Alabado seas, Señor, por todas tus criaturas!»	94
Papa Francisco: «¡Cuidad de la creación entera!»	99
8. LA ALEGRÍA Y LA ESPERANZA	105
Francisco: la perfecta alegría	106
Papa Francisco: «Es necesario vivir con alegría»	111
9. FRANCISCO DE ASÍS Y EL PAPA FRANCISCO	113
EPÍLOGO	127

INTRODUCCIÓN

Juan XXIII fue el primer papa moderno que visitaba la ciudad de Asís. Era el 4 de octubre de 1962, casi rozando las vísperas del comienzo del Concilio Vaticano II, al que quiso poner bajo la protección de la Virgen María y de san Francisco. Los papas posteriores se acercaron Asís y, en su magisterio, ofrecieron la figura del pobre Francisco como modelo de vida cristiana. Ahora, el cardenal Bergoglio ha elegido el nombre de Francisco, pues lo quería como ejemplo para esa Iglesia que soñaba pobre y entre los pobres.

Juan XXIII pedía a san Francisco que intercediera ante el Señor, para que en la Iglesia y en el mundo hubiera paz y concordia entre todos los pueblos, y que supieran compartir las riquezas inmensas, de distinto orden y naturaleza, que Dios ha confiado a la inteligencia, a la voluntad, a la investigación de los hombres, y para que el reparto justo marque los principios de la fraternidad humana que vienen de Dios y llevan a Dios. Recordaría el papa Roncalli las ansias de Francisco de Asís por encontrar el bien y la paz. Se entregó a una aventura que parecía locura, pero era el comienzo de una obra y de un espíritu que traspasarían los tiempos del siglo XIII.

Pablo VI invitaba a volver al modo de pensar y de vivir de san Francisco, con ese corazón lleno de piedad y totalmente entregado a la voluntad de Dios, pensando siempre que nunca sería buen amigo de Cristo si no amara con toda el alma a aquellos que han sido el objeto del amor más grande de Cristo, que se entregó para la salvación de todos (*A los Frailes Menores Conventuales*, 29 de mayo de 1978). Este mismo papa, en la Jornada Mundial de los Leprosos de 1978, presentaría como ejemplo emblemático a san Francisco de Asís. Aquel joven que buscaba la felicidad y la gloria, y llenar la propia existencia con las cosas agradables y valoradas por el mundo. Sentía repugnancia hacia los leprosos, pero Dios hizo que se encontrara con uno de ellos. Francisco le ayuda con una limosna. Después daría un abrazo al enfermo. El rostro de Cristo pobre y leproso había unido en fraterna y ejemplar alianza a Francisco y a los pobres.

«Ayúdanos, san Francisco de Asís, a acercar a Cristo a la Iglesia y al mundo de hoy. Tú, que has llevado en tu corazón las vicisitudes de tus contemporáneos, ayúdanos, con el corazón cercano al corazón del Redentor, a abrazar las vicisitudes de los hombres de nuestra época» (Juan Pablo II, *Asís*, 5 de noviembre de 1978). Juan Pablo II hacía esta petición al comienzo de su pontificado, pues quería recibir parte de la «herencia sagrada» y del «testimo-

nio eximio» de aquel penitente de Asís que tanto amara a la Iglesia.

Francisco hace grande una Iglesia empedregada por el miedo y el poder... No sé si las palabras del Cristo de San Damián podían interpretarse así: «Francisco, haz grande mi casa, porque la están haciendo muy estrecha». Su carisma cristaliza en una obra de Iglesia, no tanto como unidad social, sino como estilo y modo de vivir: que nadie sea recibido en la Fraternidad si no es conforme a la manera e institución de la santa Iglesia, que los ministros tengan buen cuidado de examinarles en este punto de fe y sacramentos de la Iglesia, y perseveren en la verdadera fe y penitencia para vivir en el seno de la santa Iglesia. Ayer tuvo Francisco que llevar a sus hombres a la Iglesia: «Iré, pues, y los encomendaré a la santa Iglesia romana». Hoy, la Iglesia acude a Francisco: «Tú, que acercaste a Cristo a tu tiempo, ayúdanos a acercar a Cristo nuestra época, el mundo, la Iglesia».

También Juan Pablo II hablaría de la actualidad de san Francisco:

Vivió lleno de esta triple dimensión: conciencia del pasado, apertura a las exigencias del presente, proyección dinámica hacia las perspectivas del futuro; y todo ello en el contexto de una vivísima sensibilidad católica... Fue un hombre «de frontera», como se diría hoy, por lo que ejerce aún un fascinante atractivo, incluso entre los alejados; pero fue, sobre todo, un hombre de fe

en Dios, discípulo ardiente de Cristo, hijo devoto de la Iglesia, hermano afectuoso de todos los hombres, más aún, de todas las criaturas. Respecto a él, todo esquema rígido de colocación resulta inadecuado. Fiel, sin reservas, precisamente por razón de tal fidelidad se sintió libre para observar a la letra el Evangelio, para seguir su camino propio, que solo el Espíritu de Cristo le marcaba, y pudo ser así «este hombre nuevo enviado al mundo por el cielo» (*Alocución a los obispos italianos*, Asís, 12 de marzo de 1982).

San Francisco vivió profundamente una relación de amor con Jesús y con la palabra de Dios en toda su radicalidad y verdad. Quería renovar el pueblo de Dios e invitarlo a escuchar la palabra y a obedecer a Cristo, y hacerlo en la comunión de la Iglesia, así lo expresaba Benedicto XVI en la audiencia del 21 de enero de 2010.

Ante la Iglesia, Francisco adopta una postura de fidelidad. El Señor le ha convertido. No quiere otra cosa que seguir las huellas del Señor Jesús. Palabra, sacramento, memoria, signo y presencia de Cristo es la Iglesia. Fidelidad de Francisco a la Iglesia, que es «herencia sagrada» que defender, «testimonio eximio», condición de eficacia de la acción evangelizadora. «¡Amad a la Iglesia como san Francisco la amó! Amadla más que a vosotros mismos, renunciando, si fuere necesario, aun a formas de pensar y de vivir que, si en otro tiempo probablemente pare-

cían buenas, ahora son menos aptas para fortalecer a la Iglesia con un vigor vital y para ampliar los ámbitos de su caridad» (Juan Pablo II, *Al Capítulo general OFM*, 1996).

Francisco recibió la voz del Señor, que le decía: «Repara mi casa, que está en ruinas». Esa casa era su misma vida, la que había de convertir al Señor. Era también la Iglesia, pero no el templo, sino las piedras vivas que son los hombres y mujeres que componen el pueblo nuevo de Dios. De esta manera, Benedicto XVI afirmaba que «todos tenemos algo de espíritu franciscano» (*Audiencia* 12 de octubre de 2005), que san Francisco se nos presenta actual ante los problemas de nuestro tiempo, como pueden ser la búsqueda de la paz, el cuidado de la naturaleza y la promoción del diálogo entre todos los hombres. Pero lo es a partir de Cristo, pues Cristo es «nuestra paz». Cristo es el principio mismo del cosmos, porque en él todo ha sido hecho. Cristo es la verdad divina, el *Logos* eterno, en el que todo *dia-logos* en el tiempo tiene su último fundamento. San Francisco encarna profundamente esta verdad «cristológica» que está en la raíz de la existencia humana, del cosmos y de la historia (*Concelebración eucarística en Asís*, 17 de junio de 2007).

Un capítulo muy importante de la vida de san Francisco es el que se refiere a su amor universal, el que le hizo sentir verdaderos y ardientes deseos de

dar a conocer al Dios de nuestro Señor Jesucristo a todos los hombres y mujeres del mundo. Como el amor no sabe de miedos ni riesgos, emprende la santa aventura de llegar hasta la casa del islam.

El papa Francisco recordaría la visita que había realizado a Asís para venerar la tumba de san Francisco. «Ante todo quiero dar gracias a Dios por la jornada que viví anteayer en Asís –decía en el Ángelus del domingo 6 de octubre–. Pensad que era la primera vez que visitaba Asís y ha sido un gran don realizar esta peregrinación precisamente en la fiesta de san Francisco». Allí, cerca de la Porciúncula, se oía, como un eco insistente que golpeaba el ánimo del papa, la voz del Pobre de Asís, que repetía: ¡Evangelio, Evangelio! Eran unas palabras llenas de sentido y de actualidad: toma el Evangelio y anúncialo como eje de salvación para la humanidad, que tantos males y desasosiegos está sufriendo. Pero Dios es más grande que el mal, porque es amor infinito, misericordia sin límites. Con Cristo se puede luchar contra el mal y vencerlo cada día con la aceptación de la fe, y tratando de transformar el mundo conforme a la voluntad de Dios. Todo ello necesitará un auténtico testimonio de vida (*Encuentro con los jóvenes de Umbría*, Asís, 4 de octubre de 2013).

De san Francisco de Asís y del papa Francisco se habla en este libro, procurando que las voces que se escuchen sean las de los mismos protagonistas: Fran-

cisco de Asís, testigo de Cristo crucificado y amigo de los pobres. Francisco, el papa con una espiritualidad que no está hecha de «energías en armonía», sino de rostros humanos: Cristo, san Francisco, san José y María, la Madre de Dios, como el mismo pontífice se definía.

FRANCISCO ES MI NOMBRE

«Si aceptas este ministerio y oficio de ser nuestro papa, dinos con qué nombre te hemos de reconocer». «Quiero llamarme Francisco», respondiera el elegido. De ahora en adelante, el cardenal Jorge Mario Bergoglio, y en honor de san Francisco de Asís, será llamado Francisco.

Como era de esperar, enseguida comenzaron a buscarse las razones que justifican la elección del nombre del nuevo papa. Se barajaron las distintas posibilidades, sobre todo aquellas que lo relacionaban con su condición de jesuita. Santos admirables, y de este nombre, ha habido varios en la historia de la Compañía de Jesús. San Francisco de Borja, santo y noble, y dechado de fidelidad al servicio de la Iglesia. San Francisco Javier, el misionero universal, el evangelizador incansable, el celo ejemplar y sacrificado por la salvación de los pueblos...

«¡No te olvides de los pobres!», le había dicho el cardenal Claudio Hummes a su compañero de puesto en el cónclave. Esa sugerencia del cardenal brasileño y franciscano, ¿había sido decisoria a la hora de bus-

car un nombre apropiado? En la memoria del cardenal Bergoglio, ¿estarían aquellas palabras que han resonado tantas veces en la historia de la renovación eclesial, ¡prepara mi Iglesia!, y que eran como un encargo de Dios al bienaventurado Francisco?

Francisco de Asís era una figura aceptada por unos y por otros, y hasta elegido, en un sondeo universal, como el hombre del último milenio. La humildad y pobreza del santo de Asís eran más que un buen criterio para gobernar al nuevo pueblo de Dios, que se sentía necesitado de los gestos y actitudes del *Poverello*. El papa Francisco, en la visita Asís en octubre de 2013, ha dado la respuesta a los motivos que le impulsaron a elegir el nombre de Francisco.

¿Es que Francisco de Asís había sido un revolucionario? En un entrañable encuentro con los niños discapacitados y enfermos ingresados en el Instituto Seráfico, el 4 de octubre de 2013, el papa diría que había elegido llevar el nombre de Francisco como obispo de Roma. Francisco, siguiendo el ejemplo de Cristo, amó a todas las criaturas del universo, sobre todo a los pobres y los abandonados, y lo hizo con admiración y sencillez.

«¡Sed revolucionarios!», les dice el papa Francisco a los componentes de la asamblea diocesana de Roma.

Este año habéis trabajado mucho sobre el bautismo y también sobre la renovación de la pastoral posbautis-

mal. El bautismo, ese pasar de «bajo la ley» a «bajo la gracia», es una revolución. Son muchos los revolucionarios en la historia, han sido muchos. Pero ninguno ha tenido la fuerza de esta revolución que nos trajo Jesús: una revolución para transformar la historia, una revolución que cambia en profundidad el corazón del hombre. Las revoluciones de la historia han cambiado los sistemas políticos, económicos, pero ninguna de ellas ha modificado verdaderamente el corazón del hombre. La verdadera revolución, la que transforma radicalmente la vida, la realizó Jesucristo a través de su resurrección: la cruz y la resurrección. Y Benedicto XVI decía de esta revolución que «es la mutación más grande de la historia de la humanidad». Pensemos en esto: es la mayor mutación de la historia de la humanidad, es una verdadera revolución, y nosotros somos revolucionarios y revolucionarios de esta revolución, porque nosotros vamos por este camino de la mayor mutación de la historia de la humanidad. Un cristiano, si no es revolucionario, en este tiempo, ¡no es cristiano! ¡Debe ser revolucionario por la gracia! Precisamente la gracia que el Padre nos da a través de Jesucristo crucificado, muerto y resucitado, hace de nosotros revolucionarios, pues –cito de nuevo a Benedicto– «es la mutación más grande de la historia de la humanidad». Porque cambia el corazón (17 de junio de 2013).

«Revolucionarios» iban a ser los comportamientos del nuevo papa. Una sorpresa permanente con gestos y actitudes que llamaban poderosamente la atención.

En sus vestiduras dominaba la sencillez, lo más común y ordinario de cada día; el apartamento donde se albergara sería la casa común de residencia de aquellos que visitan el Vaticano o que allí tienen su oficio de colaboradores de la Santa Sede; la misa diaria comunitaria y esa conversación familiar, esa homilía en la que dialogaba con la palabra de Dios y las cosas de los hombres; el lenguaje era sencillo y persuasivo, con expresiones llenas de vida y sentido, siempre acomodado a los oyentes; la forma de relacionarse con los cardenales o con los periodistas, con los trabajadores de las dependencias del Vaticano, con los encargados de las distintas secciones de los dicasterios de la Santa Sede, con las gentes que acudían a las grandes audiencias y con los comensales más diversos que sentaba a su mesa.

«Revolucionarios» iban a ser también los cambios y organización de las estructuras, las comisiones que se formaron, las nuevas orientaciones en los organismos de gobierno al servicio de la Santa Sede. Piénsese, por ejemplo, en la formación de un grupo de cardenales que aconsejarán al papa sobre asuntos de la Iglesia universal y para estudiar un proyecto de revisión de la Constitución apostólica *Pastor bonus* sobre la Curia romana. Este grupo estaría formado por unos cardenales que representaban los distintos continentes. Posteriormente se instituía el Consejo de cardenales. Este nuevo organismo será una expresión de comunión

episcopal y de ayuda al ministerio de Sucesor de Pedro que el papa debe ejercer.

De una forma particular se miraba, y con algún recelo, la organización y gestión financiera del IOR, el Instituto de Obras de Religión. El papa Francisco nombra una comisión para conocer mejor la posición jurídica y las actividades del Instituto. No era un organismo de control, sino de ayuda al Santo Padre en el conocimiento y función del mal llamado «Banco Vaticano».

¿Era Francisco de Asís un revolucionario? Tomás de Celano, su biógrafo, relata la «revolución» de este modo:

Ya cambiado perfectamente en su corazón, a punto de cambiar también en su cuerpo, anda un día cerca de la iglesia de San Damián, que estaba casi derruida y abandonada de todos. Entra en ella, guiándole el Espíritu, a orar, se postra suplicante y devoto ante el crucifijo, y, visitado con toques no acostumbrados en el alma, se reconoce luego distinto de cuando había entrado. Y, en este trance, la imagen de Cristo crucificado, cosa nunca oída, desplegando los labios, habla desde el cuadro a Francisco. Llamándolo por su nombre: «Francisco –le dice–, vete, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo». Presa de temblor, Francisco se pasma y como que pierde el sentido por lo que ha oído. Se apronta a obedecer, se reconcentra todo él en la orden recibida (*Vida segunda*, cap. 6).

Es san Buenaventura quien lo describiría de esta manera:

Les manifestó el papa Inocencio una visión celestial que había tenido esos mismos días, asegurando que habría de cumplirse en Francisco. En efecto, refirió haber visto en sueños cómo estaba a punto de derrumbarse la basílica lateranense, y que un hombre pobrecito, de pequeña estatura y de aspecto despreciable, la sostenía arrimando sus hombros a fin de que no viniese a tierra. Y exclamó: «Este es, en verdad, el hombre que con sus obras y su doctrina sostendrá a la Iglesia de Cristo» (*Le-yenda mayor* 3, 10).

¿Qué sueño había tenido el cardenal Bergoglio? Los cardenales se reunieron en las congregaciones previas al cónclave. Allí se hablaría, posiblemente, de la necesidad de renovar algunas estructuras de la Curia vaticana, de clarificar actuaciones sobre las que recaían no pocas dudas y sospechas, de agilizar el funcionamiento de las congregaciones y de los distintos consejos y comisiones. ¿Reparar era revolucionar? Aunque Francisco de Asís, al escuchar que tenía que reparar la casa de Dios, lo entendiera en un sentido meramente técnico, de la reconstrucción de un templo casi en ruinas y que exigía acopio de nuevos materiales y estructuras más sólidas, sus comportamientos posteriores a la escucha de las palabras del Cristo de San Damián iban encaminados a dar firmeza a su

conversión personal, a vivir el Evangelio en toda su originalidad y exigencia.

Mario Jorge Bergoglio nace en Buenos Aires el 17 de diciembre de 1936, en el seno de una sencilla familia. Estudia química y en marzo de 1958 ingresa en Compañía de Jesús. Licenciado en filosofía, ejerce como docente en diversos centros. Ordenado sacerdote, realiza diversos ministerios y es nombrado provincial, cargo que ejerció desde 1973 hasta 1979. En mayo de 1992 es nombrado obispo auxiliar de Buenos Aires. Unos años después ocuparía el cargo de arzobispo en la misma ciudad. Estamos en febrero de 1998. No vive en el palacio episcopal, y todos los días asiste a su trabajo en un medio público. El 21 de febrero de 2001 es nombrado cardenal por el papa Juan Pablo II. Miembro de diversas congregaciones de la Santa Sede y de la Comisión Pontificia para América Latina. Presidente de la Conferencia Episcopal de Argentina. El 13 de marzo de 2013 fue elegido papa. Escogió el nombre de Francisco, y es el primer latinoamericano y el único miembro de la Compañía de Jesús elegido para ser obispo de Roma y sucesor del apóstol Pedro.

Francisco, cuyo nombre de bautismo fuera Juan, nace en 1181 en la ciudad de Asís. Hijo de un rico mercader y joven divertido e idealista, cae prisionero durante la guerra. Sufre una larga enfermedad y la vida de Francisco comienza a tomar un nuevo rumbo.

Ante el obispo de Asís se despoja de todos sus vestidos y bienes que pudiera tener. Trabaja en la restauración de las ermitas de San Damián, San Pedro y Santa María de los Ángeles, la Porciúncula. Descubre su vocación leyendo el Evangelio sobre la misión que Cristo les encomienda a los apóstoles. Poco tiempo después se unen a Francisco otros compañeros y se forma la primera fraternidad. Su forma de vida es el Evangelio, y no quieren tener más. El papa Inocencio III lo aprueba de forma verbal. La fraternidad se ha hecho numerosa, y los hermanos se extienden por distintas partes del mundo. Francisco emprende viaje a Oriente, se entrevista con el sultán y quiere visitar Tierra Santa. En 1223 compone la *Regla* definitiva para la vida de la fraternidad, y es aprobada por el papa Honorio III. Celebra de la Navidad en Greccio y hace la primera representación de un belén viviente. Se retira al monte Averna y recibe las llagas de la pasión de Cristo. Al atardecer del día 3 de octubre de 1226, Francisco muere en la Porciúncula. Dos años después es canonizado por el papa Gregorio IX.

Lo que el papa Francisco ha dicho de Francisco de Asís

En su primera alocución, en el rezo del Ángelus, el papa Francisco dio una de las razones por las que